

SEGUNDO Y TERCER AÑO DE VIDA:

ETAPA DEL DEAMBULADOR

Autor: Nancy Aranda * **

Introducción:

Los especialistas en psicología del desarrollo denominan “etapa del deambulador”, al período de la vida que se extiende entre los 15 y 30 meses de edad, aproximadamente.(Stone, L.J. Church,J.1982) Esto se debe a que alrededor de los 15 meses, los niños abandonan definitivamente el gateo, para preferir la posición bípeda y la autolocomoción. Un deambulador es un niño capaz de pararse por sí mismo, caminar, establecer distancias y desplazarse explorando su entorno inmediato.

Por otro lado, este ser en desarrollo deja de ser un “bebé”, un “infans”(sin habla), para convertirse en un “niño” facultado para hablar, expresar verbalmente ideas y sentimientos.

En el transcurso de esta etapa se completa la dentición transitoria. Comienza a desaparecer lentamente la gruesa capa de grasa que durante el primer año de vida resalta el aspecto de “bebés”. Las piernas todavía son cortas en relación al resto del cuerpo y el abdomen aún sobresale debido al poco espacio que hay entre la pelvis y el diafragma. La cintura es tan ancha como la cadera o tórax, en parte por el tejido adiposo, pero además porque algunos órganos internos crecen más rápidamente que otras partes del cuerpo. La apariencia de “bebote”, cambia durante los años preescolares a medida que los niños crecen en estatura y sus cuerpos adquieren las proporciones más parecidas a las de los adultos.

La maduración neurológica hace posible que a lo largo de este período la laringe, las manos, las piernas, los pies y los esfínteres vayan adquiriendo el control cortical necesario para la incorporación de nuevas pautas de comportamiento. Al final del tercer año de vida el cerebro tiene el 85% del peso y volumen del adulto y la cantidad definitiva de neuronas.

La autolocomoción facilita el proceso de familiarización con el mundo, ya que otorga al niño la posibilidad de acercarse por sí mismo a personas, objetos o lugares que antes sólo veía a través de los barrotes de la cuna o en los brazos del adulto.

El deambulador desarrolla las habilidades de caminar, tomar la cuchara, masticar, hablar, y estar algún tiempo solo; estos logros son indicadores de una creciente

* Jefa de Trabajos Prácticos Regular, Psicología Evolutiva (Niñez) Cát. I, Fac. Psicología, UBA.

** Agradezco a la Prof. María Julia García la corrección del borrador y la confección de las secciones “Desarrollo cognitivo” y “Glosario”.

autonomía psíquica. Desde el psicoanálisis podemos ubicar aquí lo que Winnicott ha denominado “el camino hacia la independencia”, superando la dependencia absoluta y luego relativa del cuidado materno.

Las principales características de esta etapa son:

- Desarrollo motor: destreza manual, posición bípeda y marcha independiente.
- Control de esfínteres: Comienzo del “proceso” que va de la incontinencia a la continencia.
- Lenguaje: desde las primeras palabras aisladas hasta la construcción de frases de dos o tres palabras.
- Juegos infantiles: Juego simbólico. Juego dramático. Desde la perspectiva social del juego: juego paralelo.
- Primeros dibujos: Etapa del garabateo.
- Socialización: Ambito extrafamiliar y jardín maternal.
- Desarrollo cognitivo: finales del período sensoriomotor y comienzos del período preoperatorio.
- Desarrollo emocional: negativismo infantil, autonomía creciente, proceso de separación e individuación.

DESARROLLO MOTOR

El progreso madurativo en dirección próximo-distal y céfalo-caudal, permite que durante el segundo y tercer año de vida se adquieran unas habilidades motoras (manuales y locomotoras) fundamentales en el desarrollo y que otorgan al niño la posibilidad de tener una posición más activa en su esfuerzo por explorar el mundo.

En cuanto a las habilidades manuales durante esta etapa el niño avanza desde la prensión fina de finales del primer año, hasta la destreza en el manejo de la cuchara al intentar alimentarse solo.

En cuanto al desarrollo de la locomoción, se produce el progreso desde la posición erguida y los primeros pasos de finales del primer año, hasta la marcha segura y con demostraciones de ciertas destrezas, propia del tercer año de vida.

Todas las conductas motrices que se van incorporando, tienen consecuencias cognoscitivas, sociales y psicológicas de fundamental importancia en el desarrollo total del niño. Por ello es esencial ofrecerles variadas oportunidades de ejercitarse, ya que el afianzamiento y la destreza, hacen que el niño se sienta más libre y seguro en el proceso de familiarización con el mundo, al tiempo que fortalece su sentido de competencia para enfrentar el ambiente.

La destreza manual

Durante todo el primer año de vida se produce el desarrollo funcional de la mano prensil. Recién a los **12 meses** el niño llega a tener una definida prensión fina en forma de pinza. Se entiende por tal al acto de asir con la punta de los dedos pulgar e índice ó medio en oposición, con el resto de la mano y brazo suspendido, sin necesidad de un apoyo auxiliar para mantener la estabilidad.

A partir de entonces el niño puede asir con gran delicadeza una amplia gama de pequeños objetos como migas, bolitas o hilo para arrastrar un auto. Pero para soltar adecuadamente, hace falta avanzar en el nivel de maduración neuromotriz y atencional, ya que se deben coordinar los movimientos precisos del brazo y la mano con el lugar elegido como objetivo. Por tal razón a los **15 meses** los niños pueden apilar solamente un cubo sobre otro, debido al deficiente soltar prensorio. Se podría decir que mas bien “dejan caer” o “tiran” el segundo cubo sobre el primero, en lugar de “apoyarlo”.

A medida que se regula el acto de soltar, combinándolo con la prensión y la ubicación espacial, se hace posible aumentar la cantidad de cubos que puede apilar un niño si se le pide que arme una torre. Por ej. a los **18 meses** apila 3 ó 4, avanzando gradualmente hasta apilar 9 ó 10 cubos a los 36 meses.

La maduración de las partes más distales del centro del cuerpo, como las puntas de los dedos, hace que a los 18 meses los niños quieran ellos mismos dar vueltas las hojas del libro que se les está leyendo. A esa edad generalmente lo hacen de a dos o tres páginas por vez. También a los 18 meses aproximadamente, comienza el interés por manipular lápices, y crayones aunque con una prensión primitiva de todo el puño. Si se le ofrecen los materiales, garabatea espontáneamente.

A los **24 meses** el progreso en el control de los músculos flexores y extensores brinda una coordinación manual mayor, con la posibilidad de armar torres de seis cubos, asir mejor los lápices, utilizar una pequeña tijera, y manejar más adecuadamente la cuchara.

En el dibujo puede imitar el trazo vertical y circular y garabatea espontáneamente en forma de círculos.

A medida que nos acercamos al final del tercer año comienza a ceder el gran interés por el movimiento permanente, pudiendo dedicarse a actividades sedentarias por más tiempo. Por ejemplo puede permanecer sentado unos minutos dibujando, con trazos ahora más controlados debido a un mayor dominio manual. Al hacerlo toma el lápiz a la manera del adulto, con los dedos y no con el puño. Es capaz de imitar el trazo horizontal.

A los **36 meses** como se ha dicho, llega a armar una torre de 9 ó 10 piezas. Utiliza la cuchara con la precisión necesaria como para no volcar el contenido al llevarla del plato a la boca.

Domina el manejo del lápiz al trazar líneas curvas y rectas. Pone nombre a lo que dibuja. Copia el círculo sin ver la demostración y puede imitar el trazado de la cruz.

En relación con la *lateralidad*, debemos señalar que la preferencia por el uso de una mano y pie en particular se desarrolla con lentitud. Durante esta etapa la acción bilateral va siendo gradualmente reemplazada por la acción unilateral, sin embargo la elección definitiva por una de las manos y pies se alcanza recién hacia los cinco o seis años.

La posición bípeda y la marcha.

Al finalizar el primer año de vida (**12 meses**) la mayoría de los bebés alcanzan la posición erguida y desde allí comienzan a dar sus primeros pasos, al comienzo con la ayuda de un adulto para mantener la estabilidad o sosteniéndose de los muebles de la casa. Gradualmente, y con el ejercicio, pueden liberarse de la ayuda o el apoyo en los muebles para conseguir mantener por sí mismo el equilibrio mediante la extensión de los brazos y la separación de las piernas. Ante una situación que pueda amenazar la estabilidad, lo más probable es que vuelvan a la posición cuadrúpeda, ya que a los 12 meses para muchos niños el gateo sigue siendo el medio de locomoción más seguro.

En promedio, a los **15 meses** de edad se abandona definitivamente el desplazamiento cuadrúpedo. Con la aparición de la marcha independiente el niño se convierte en un *deambulador o caminador*.

Al comienzo frecuentemente caen sentados, como si se derrumbasen. Pero lo que define la marcha independiente es que luego de caerse, se levantan solos y retoman por sí mismo la caminata. No recurren al gateo, salvo como actividad lúdica.

A los **18 meses** la marcha sigue siendo algo rígida y los pasos tambaleantes, debido a la dificultad en conseguir un equilibrio estable y a la poca flexibilidad en las rodillas y los tobillos.

A esa edad el niño se desplaza rápidamente, muchas veces inclinado hacia adelante, pero no por la intención de correr, sino como un esfuerzo por mantener el equilibrio en la posición erguida. La estabilidad ya no depende tanto de la extensión de los brazos, por lo que éstos pueden ser utilizados para transportar objetos. Llevar y traer cosas es una de las actividades preferidas por el deambulador.

También a los 18 meses puede subir escaleras de a un escalón por vez, tomado de la mano de un adulto, mientras que para bajar necesita sentarse en cada escalón o arrastrarse hacia atrás.

Gradualmente, hacia los **24 meses** se perfecciona la marcha, perdiendo la rigidez, la inclinación y la gran separación entre los pies. A medida que el equilibrio se estabiliza y los pies se acercan, los brazos y manos también se mantienen más cerca del cuerpo.

Se consigue una mayor flexibilidad en las articulaciones y un equilibrio superior que da como resultado un desplazamiento seguro, sin tantas caídas y hasta con la posibilidad de correr. El niño de finales del segundo año prefiere correr a caminar. Puede subir y bajar escaleras sin ayuda, pero apoyando ambos pies en cada escalón.

La actividad motriz gruesa es predominante a esa edad. Se divierte con los juegos enérgicos, que pongan en acción la musculatura general del cuerpo. Se revuelca en el piso, corre, salta, trepa, aplaude y baila. Hasta podríamos decir que es capaz de realizar todas estas actividades casi simultáneamente, sin descansar entre una y otra.

A los **36 meses** puede correr aumentando y disminuyendo la velocidad con más facilidad y detenerse o girar repentinamente. Salta con los dos pies juntos.

Puede subir y bajar escaleras alternando los pies, pedalear el triciclo y pararse en un pie durante algunos segundos.

Los deambuladores se desplazan por toda la casa transportando un auto de juguete, haciendo rodar o arrastrando objetos de gran tamaño. Pasan gran parte de su tiempo despierto abriendo cajones, desparramando el contenido de las alacenas y jugando con los utensilios de cocina. Hacia el final de esta etapa, con la atenuación de la actividad motriz gruesa, se incrementan los períodos de actividad sosegada, y comienzan a interesarse además por ordenar lo que antes desordenaron.

CONTROL DE ESFINTERES

El control de esfínteres, es un proceso gradual que transcurre a lo largo del segundo y tercer año de vida. Hasta llegar a la autorregulación definitiva, no se avanza de manera fija y uniforme, sino que lo esperable es que ocurran altibajos y periodos de meseta. Esto se debe a que el proceso de control de esfínteres depende de factores fisiológicos y psico-sociales, dentro de los cuales la exigencia de los padres juega un rol decisivo.

En primer lugar el dominio en la eliminación depende de la maduración del sistema nervioso vegetativo, de los centros corticales y la mielinización que permiten el control voluntario del funcionamiento, hasta ese momento involuntario. Es inútil pretender adiestrar al niño en la eliminación antes de haber llegado a un determinado nivel de maduración fisiológica. Por lo general se adquiere el control de intestinos una vez que se ha consolidado la posición erguida y la marcha, momento en que la maduración

neuromuscular ha avanzado hasta la zona caudal del cuerpo. A partir de entonces y no antes, el niño está capacitado para establecer las conexiones neuronales que hacen posible otorgar significación a las sensaciones provenientes del interior del organismo.

El progreso en la micción y defecación voluntarias depende además de factores psico-sociales. La modalidad que adopten los padres y cuidadores (abuelas, maestras de guardería, niñera) en el transcurso del proceso, va a ser decisivo en los resultados. Una posición muy rígida y exigente que no contemple la posibilidad de retrocesos temporarios, es probable que lejos de adelantar el proceso, lo demore. Puede ocurrir además que a la extrema exigencia del adulto, el niño responda reforzando su actitud opositora (que hasta cierto punto es normal en esta etapa), negándose a orinar en la peleta que le ofrecen los padres, produciendo la micción en cuanto lo vuelven a vestir.

A partir de los aportes del Psicoanálisis sabemos que durante la etapa del deambulador el niño transita por la fase anal del desarrollo psico-sexual. El pasaje por dicha fase determina en gran parte los avatares del proceso que culmina con el control definitivo. Cuando el niño es capaz de dominar voluntariamente sus músculos, advierte espontáneamente que puede demorar o provocar la micción y defecación. Este ejercicio de retener y dejar pasar el producto se convierte en esta etapa en un ejercicio cargado de interés erótico (tal vez tan placentero como el arrastrar objetos o saltar, en tanto son actividades que permiten el despliegue de la musculatura general del cuerpo).

Ahora bien, Freud sostiene que en la defecación se plantea al niño la necesidad de decidir entre la disposición narcisista y el amor a un objeto: o expulsa dócilmente los excrementos como sacrificio por amor, o los retiene para la satisfacción autoerótica. En ese tránsito se encuentra el niño deambulador.

Entre los 15 y los 24 meses de edad transcurre una fase de "regulación parcial".

Alrededor de los **15 meses** los niños comienzan a mostrar desagrado por los pañales sucios, ese puede ser indicador de que está en un momento oportuno para ser entrenado en el control voluntario. Pero debe tenerse en cuenta que los sanitarios de la casa están hechos a la medida del adulto y muy lejos de una medida que pueda resultar adecuada al tamaño del niño pequeño. Es probable que las primeras veces que se coloque al niño en el inodoro, éste reaccione con llanto y otras demostraciones de angustia. A esa edad suelen tener fantasías de ser tragados por el inodoro, por lo que resulta más adecuado comenzar ofreciendo una bacinilla, sin presentarle demasiada exigencia.

A partir de los 15 meses, algunos niños responden favorablemente si los padres tienen la constancia de sentarlo en la peleta a horarios regulares. Pero por la inmadura

capacidad de asociar las sensaciones internas con la excreción, todavía no es capaz de comunicar anticipadamente si siente necesidad de evacuar.

A los **18 meses**, si los padres continúan tratando de instalar el hábito, sentándolo a horarios regulares, puede ser que el niño llegue a inhibir la descarga hasta el momento de ser ubicado en la pelela. A veces las incontinencias son intencionales, como un modo de ejercer su voluntad y desafiar al pedido de los padres.

Con el desarrollo del lenguaje, el niño puede utilizar una palabra para comunicar el hecho, aunque todavía no diferencie entre el producto del intestino y de la vejiga. Lo más probable es que diga “caca” a ambos. Además puede responder “sí” o “no”, ante la pregunta de si siente deseos de evacuar.

Si la incapacidad del niño es suplida por la intervención del adulto, por ejemplo atendiendo a las particulares señales del niño ó llevándolo al baño cada determinada cantidad de horas, es posible que a los **18 meses** logre mantenerse seco durante el día.

A los **24 meses** adquiere mayor dominio entre la relajación y la contracción del esfínter anal y de la vejiga. Puede anticiparse al hecho y verbalizar la necesidad de ir al baño y hasta quizás pueda diferenciar entre defecación y micción. Son menos frecuentes las incontinencias.

Recién a los **30 meses** la mayoría de los niños logran el control nocturno de vejiga, si los padres se encargan de levantarlo a mitad de la noche. Aunque el proceso de control ya esté bastante logrado, es común observar que todavía le resulta difícil mantener el ritmo logrado cuando está lejos del baño de su casa.

A los **36 meses** está en condiciones de asistirse solo en las funciones excretoras, pero puede haber algún accidente durante el día por la dificultad en el manejo manual de los cierres y broches de la ropa. Durante la noche puede inhibir la micción y responder positivamente al estímulo levantándose para ir al baño, en lugar de hacerse en la cama.

Ya a los 4 años es capaz de mantener por sí mismo la rutina de la evacuación. Solicita cierta privacidad en el momento de eliminar y muestra fastidio si un adulto pretende esperarlo dentro del baño. Pero debido a su inmaduro sentido del tiempo y su bajo umbral de control voluntario, pueden ocurrir algunos episodios de incontinencia miccional. No es raro que a esta edad moje la ropa por encontrarse ensimismado en un juego.

Hasta los 5 años puede haber episodios aislados de incontinencia nocturna o diurna, generalmente ligados a factores emocionales o a episodios de excitación.

LENGUAJE

Adquirir el lenguaje implica desarrollar la capacidad de comprender, producir y usar significantes de una manera ajustada a ciertas reglas convencionales. El lenguaje es una herramienta culturalmente elaborada y aceptada con el fin de regular la comunicación entre los miembros de una sociedad.

El niño participa activamente en el proceso de adquisición del lenguaje: ensaya distintas pronunciaciones, inventa palabras, utiliza las que ya conoce aplicadas a distintas situaciones, y más adelante, prueba combinar esas palabras en lo que serán sus primeras frases.

Al finalizar el primer año de vida (**12 meses**) los niños son capaces de decir algunas **palabras aisladas**. Ausubel y Sullivan (1983) señalan que por lo general esas primeras palabras suelen ser monosílabos duplicados, como por ej. “mamá”, “papá”, “papa”. Según la situación o el gesto que la acompaña, una misma palabra puede tener diversas acepciones.

Entre los 12 y los 18 meses el vocabulario aumenta muy lentamente, en comparación con el progreso que se da entre los 18 y los 36 meses; esto parece deberse a que el niño en ese semestre está más interesado en perfeccionar las habilidades motrices.

Según Gesell (1985, 1994) a los **15 meses** suelen tener un vocabulario de 4 a 6 palabras.

Una vez dominadas las primeras palabras, aparece un tipo de lenguaje que es característico de los comienzos de la etapa del deambulador (de los 15 a los 24 meses), se trata de la “**jerga expresiva**”. Esa jerga o jerigonza consiste en una serie de verbalizaciones que tiene la apariencia de una narración compuesta por palabras, en la que el niño intenta reproducir los sonidos, las pausas y declinaciones del lenguaje adulto.

A los **18 meses** tienen incorporadas unas 10 palabras, aunque comprenden muchas más que las que son capaces de pronunciar. A partir de entonces los niños se muestran deseosos de incorporar palabras, por lo que continuamente señalan objetos para conocer su nombre.

También a la edad de 18 meses, es habitual el uso de **holofrases**, donde una sola palabra (por ej. “leche”), tiene el valor de una oración entera (“yo quiero tomar la leche”). Muchas veces estas holofrases están referidas a órdenes y pedidos, por ej. “ato’ (por auto), “dame”, “mirá”, mezclando palabras con gestos.

La conducta opositorista normal en esta etapa del desarrollo humano, se expresa en el lenguaje por medio de la aparición de la negación. A los 18 meses los niños se resisten a la solicitud del adulto sacudiendo la cabeza. Recién a los 24 meses puede

decir la palabra “no”. En este punto es importante recordar que el psicoanalista inglés René Spitz, ha ubicado la aparición del “no” como uno de los tres organizadores (junto con la angustia del octavo mes y la sonrisa social), que indican puntos nodales en el desarrollo psíquico normal de los niños.

Alrededor de los **21 meses**, señala Gesell, los niños disponen de unas 20 palabras, y comienzan a combinarlas en **frases simples de 2 palabras**. El deambulador de esta edad suele utilizar el lenguaje para manifestar su necesidad de evacuar o ser alimentado, con lo cual se advierte una posición más activa del niño en sus funciones vitales.

Paulatinamente la jerga va siendo abandonada, aunque en momentos de mucha excitación, al intentar relatar un acontecimiento interesante es posible que mezcle palabras convencionales con las de su propia jerga.

Con la formulación de las primeras frases se da comienzo a las “gramáticas infantiles” en las que el niño desarrolla una serie de reglas para combinar diferentes clases de palabras. Tal combinación de palabras es posible porque ha incorporado la estructura del lenguaje, aunque de manera rudimentaria; por ejemplo cuando comienzan a aparecer las flexiones de género (-a, -o) y plural (-s) suelen mencionarse con muchos equívocos, los verbos son enunciados en infinitivo o en presente, y en el caso de los verbos irregulares se presentan las “hiperregulaciones” (“cabo”, “quero”, “sabo”) donde en el error se confirma que el niño conoce la regla gramatical.

Algunos lingüistas señalan que los niños comienzan a construir oraciones mediante la combinación de dos clases de palabras, las *palabras pivote* y las *palabras abiertas*¹. A medida que el lenguaje se desarrolla, el niño selecciona determinados morfemas como palabras pivote y los ubica en una posición fija en relación con las demás palabras, que constituyen su vocabulario abierto. Son ejemplo de esas primeras frases de dos palabras, “*está mamá*” (donde “*está*” es la palabra pivote y “*mamá*” es la palabra abierta que puede cambiar por “*está papá*” o “*está nene*”), “*más leche*” (donde “*más*” es la palabra pivote y “*leche*” la palabra abierta que puede cambiar por “*más papa*”, “*más correr*”). En el proceso activo de la incorporación de la gramática, el niño prueba nuevas combinaciones de palabras mientras su vocabulario sigue aumentando.

Esto da lugar a que, en promedio a los **24 meses**, se formulen **frases de tres palabras** que combinan palabras abiertas y palabras pivote en formas más complejas. También a esta edad comienzan a utilizar los pronombres “*mío*”, “*mi*” y “*tu*”, aunque no siempre de la manera correcta.

El lenguaje del niño de 24 meses está muy ligado a la experiencia inmediata, por lo que es común que relate las acciones que realiza, como si pensase en voz alta. En sus

¹ Palabra pivote: palabra con función fija. Palabra abierta: lexical.

continuos monólogos predominan los nombres de cosas, personas y acciones. Se nombra a sí mismo en tercera persona, por su nombre o como el “nene”. Como ya se dijo, aprende a enunciar el “no” y con ello se da la posibilidad de formular juicios negativos y rechazos, por ej. “sol no está”, “leche no”. El “no”, que según Spitz es anterior al “sí” y al “yo”, indica la capacidad de reconocerse a sí mismo como individuo separado.

Podríamos decir que el “no”, “dame” y “mío” son las palabras más utilizadas por el niño de 24 meses. Esto se debe a su incipiente sentido de la propiedad, al egocentrismo y por lo tanto a la creciente autonomía psíquica.

En este sentido, alrededor de los **30 meses** se agrega una palabra fundamental en su vocabulario, y que da cuenta del progreso en el desarrollo psíquico, se trata del pronombre “yo”.

Según Ausubel y Sullivan diversos estudios realizados acerca de la construcción del vocabulario, coinciden en que los sustantivos son los primeros que se emiten, seguidos por los verbos indicativos de acción, adjetivos, adverbios, pronombres, y por último los elementos conectivos como conjunciones y preposiciones.

Entre los 30 y **36 meses** las palabras logran independizarse de la acción inmediatamente realizada, permitiendo su uso para designar conceptos, ideas y relaciones en largos monólogos. Comienza a formular preguntas destinadas a corroborar su correcto desempeño en las actividades que realiza, por ej. “¿Está bien así?”, “¿Cómo se dice...?”, “¿Se hace así?”. En su casa repite las canciones que aprende en el jardín, y sobre esa base improvisa nuevas versiones.

Se puede decir que a finales del tercer año (36 meses) los fundamentos del lenguaje están establecidos, sin bien pueden continuar las dificultades de pronunciación, o las hiperregulaciones verbales.

LOS JUEGOS INFANTILES

El juego es fundamental para el desarrollo psicológico de los niños. En el juego despliegan su mundo de fantasía en el que todo es posible sin perder el contacto con la realidad.

Al jugar el niño incorpora y ejercita nuevas habilidades motrices. Asimismo, la imaginación expresada en los juegos pone en marcha capacidades cognitivas relacionadas con la simbolización, imitación, anticipación y solución de problemas.

Desde el punto de vista social, en la etapa del deambulador aparece un primitivo juego social que se denomina **juego paralelo**. El deambulador disfruta de la compañía

de otro niño jugando al lado suyo, aunque todavía no le es posible compartir el desarrollo de un mismo juego, no comparte objetos, ni interactúa con el par. A lo sumo el contacto con otro chico se limita a una disputa por la pertenencia de los juguetes, por lo que puede llegar a empujar, pegar o morder. Mueller y Silverman (1990) señalan que en su comienzo el juego paralelo es para los niños un tiempo de estar juntos, compartiendo una actividad y un lugar, pero centrado en los objetos más que en producir un juego social.

Entre los 18 y 30 meses de edad las interacciones más frecuentes entre pares son la lucha por la posesión del objeto, la copia motora (imitar lo que hace el otro) y el intercambio de objetos. En los tres casos se destaca la mediación del objeto-juguete en la comunicación entre deambuladores.

Al final de esta etapa, con el mayor dominio del lenguaje, las disputas por la pertenencia de los objetos se hacen más verbales que físicas.

Como se ha dicho mas arriba, el deambulador está en continuo movimiento ejercitando sus nuevas capacidades motrices. Salta, corre, aplaude, trepa, arrastra objetos. Prefiere jugar con utensilios de cocina antes que con juguetes pequeños. Una olla y un cucharón, pueden convertirse en el juguete preferido de un niño de 18 meses. Objetos grandes, cajas donde poner y sacar elementos, son los que despiertan el interés del niño de esta edad.

Hacia fines de la etapa deambulatoria, los niños comienzan a hacer sus primeros **juegos dramáticos**. Son juegos en los que se observa una cierta representación ficcional donde se recrean aspectos de la realidad, y en los que interviene algún tipo de simulacro, como jugar a ser un cierto personaje (colectivero, maestra) o estar en otra escena.

Por lo general, los primeros juegos dramáticos consisten en pequeñas representaciones de la vida doméstica. Por ejemplo hablar por teléfono imitando la postura del padre, barrer como hace la madre, o afeitarse frente al espejo.

Los deambuladores de ambos sexos suelen jugar con muñecos reproduciendo con ellos algún aspecto de los cuidados recibidos por ej. darles de comer o hacerlos dormir.

Desde una perspectiva psicoanalítica, S. Freud señala que el juego permite al niño hacer activo lo que antes sufrió pasivamente.

Arminda Aberastury (1972) sostiene que el juguete se transforma en el instrumento ideal para el dominio de situaciones traumáticas que se le crean al niño con los objetos reales. Permite repetir a voluntad diversas situaciones con la posibilidad de modificar finales, tolerar y recrear algunos eventos. Al jugar el niño desplaza hacia el exterior sus fantasías, temores y conflictos, dominándolos mediante la acción.

Señala Aberastury que el juego que realiza un niño es producto de la conflictiva psíquica particular de la etapa que esté atravesando. Por tal motivo, el frecuente juego de los niños del segundo año de vida con líquidos o sustancias como arena, barro, plastilina y puré, deben ser pensados en el contexto del pasaje por la fase anal del desarrollo libidinal, donde esos materiales se convierten en representantes simbólicos de las heces y orina.

Anna Freud (1973) ubica como central a esa edad la relación ambivalente que el niño establece con sus objetos de amor. La ambivalencia afectiva se expresa en el juego en el tratamiento dado a los juguetes, por ejemplo los peluches y los muñecos son acariciados y maltratados alternativamente, por estar catectizados con libido y agresión. Gradualmente, señala A. Freud, los juguetes blandos y suaves tienden a desaparecer (salvo aquel que se mantiene como objeto transicional), mientras que se incorporan otros materiales de juego que brindan oportunidad de elaborar la conflictiva de la fase anal como por ejemplo juegos relacionados con vaciar-llenar, abrir-cerrar, revolver, etc. ; juguetes para hacer rodar que permiten el despliegue del placer de la motricidad; materiales que permitan construir y destruir en correspondencia con la ambivalencia afectiva propia de esta fase.

Si tomamos los aportes de Piaget, podemos agregar otros elementos a la consideración del juego. Este autor considera al juego como una asimilación puramente placentera, “determinada por la estructura intelectual que en cada momento fija su posibilidad y su límite”². Piaget ha clasificado el juego en Juego de Ejercicio (durante el período sensorio-motor), Juego Simbólico (durante el Período Preoperatorio), y Juego Reglado (durante el Período Operatorio).

Remitiendonos a la edad que estamos estudiando, podemos decir que en los comienzos de la etapa del deambulador (5º estadio), encontramos juegos donde se observa la centración en los intermediarios y la ritualización lúdica

Alrededor de los 24 meses, se hace posible la *evocación* de situaciones no actuales, inaugurándose el **juego simbólico**. A diferencia de la ritualización lúdica, este juego es considerado simbólico en tanto permite la utilización de símbolos motivados, contruídos a voluntad, al estilo de creaciones individuales. Un muñeco de peluche puede ser un bebé, minutos después pasa a ser un avión, una pelota, etc. Un objeto puede *representar* una diversidad de otros objetos.

² Susana Landeira, “La concepción genética del juego”. En García, Bottindari, Landeira. Mesa Redonda: Los Juegos Infantiles. Ficha Depto. Publicaciones, Fac. de Psicología, UBA.

LOS PRIMEROS DIBUJOS

La edad de aparición de los primeros grafismos es muy variable. Puede variar de una familia a otra, y de un niño a otro. Depende de cierto nivel de maduración neuromuscular, pero además de las condiciones ambientales en que el niño se desarrolla.

Gratiot-Alphandéry y Zazzo (1974) sostienen que debe considerarse como antecedente del dibujo, la actividad del niño pequeño con sustancias como saliva, puré, sopa, barro y excrementos, con las que produce un trazado y un “gozoso garabateo” mucho antes de interesarse por utilizar el lápiz.. En esa actividad de manchar y ensuciar el niño imprime su propia huella en el mundo exterior, como un intento de apropiarse de él.

Señalan que los primeros trazos están determinados por un lado, por la estructura de palanca del brazo y la progresiva entrada en funcionamiento de las articulaciones del hombro, codo, puño, mano y pulgar; y por otro lado por la creciente participación de la actividad perceptiva y del control visual.

Etapa del Garabateo

Si tomamos la clasificación que hace Lowenfeld (1973) de los dibujos infantiles, veremos que a lo largo de la etapa del deambulador nos encontramos con las primeras producciones gráficas que corresponden a “Garabatos”.

La Etapa del Garabateo se extiende de los dos a los cuatro años aproximadamente. Se trata fundamentalmente de una actividad motriz.

Garabato desordenado: Es un garabato que sirve a los fines de la pura ejercitación, el niño realiza esta actividad en tanto le posibilita la descarga kinestésica. Es por ello que no le preocupa centrarse en la hoja, los trazos varían en dirección y longitud. Son dibujos sin orden ni control de los movimientos.

Garabato controlado: El niño descubre que existe una relación entre los movimientos que realiza y los trazos que resultan. Comienza a haber coordinación visual y motora sobre la producción, cuestión que antes no parecía atender. Los trazos se hacen más finos, puede ubicarse mejor dentro de los límites de la hoja de papel.

Garabato nominal (con nombre): Aparece la forma. El niño comienza a establecer cierta relación entre el dibujo realizado y los objetos del mundo que lo rodea, y con ello la asignación de un nombre. En ocasiones el nombre puede anteceder al dibujo, y en otras ir variando a medida que lo realiza. Si el niño puede dibujar ahora con intención de representar algo del ambiente, es porque primero ha podido descentrarse del

contacto concreto con los objetos. Pasa así del pensamiento kinestésico al pensamiento imaginativo.

Si se lo requiere, puede hacer una descripción verbal de lo representado.

Puede aparecer alguna zona del dibujo resaltada con colores, pero esto dependerá solamente de la propia significación que el niño le otorgue, no hay aun un uso convencional del color.

Desde la perspectiva psicogenética de J. Piaget, podemos agregar los aportes que ha hecho Luquet en la consideración de los dibujos infantiles. Según este autor, las producciones gráficas, desde el comienzo giran en torno al realismo. Hasta los ocho años el niño es realista de intención, esto es, dibuja más lo que sabe que lo que ve.

Según esta clasificación, para el niño en edad deambulatoria, corresponden el *Realismo Fortuito* y los comienzos del *Realismo Frustrado*.

El Realismo Fortuito se refiere a los primeros garabatos con nombre a posteriori, de aparición alrededor de los 2 años de edad. El Realismo Frustrado se extiende de los 2 a los 4 años aproximadamente, es la fase de incapacidad sintética producto de la intensa concentración del pensamiento preconceptual. (Landeira, S., Giraldo, J. 2000)

Desde una perspectiva psicoanalítica, Arminda Aberastury (1972) ha señalado que al dibujar, los niños intentan capturar en imágenes inmóviles los objetos que aparecen y desaparecen. De esta manera, pueden recrear y retener los objetos en imágenes estáticas, con la consecuente disminución de la angustia de pérdida.

SOCIALIZACIÓN EXTRAFAMILIAR

Durante los primeros años de vida, la familia es el agente principal de socialización. Lo esperable es que los padres formen una base segura a partir de la cual el niño pueda salir a explorar el mundo. Para John Bowlby (1995) ésta es la característica central de la crianza de los hijos, ambos progenitores contribuyen a “la provisión de una base segura” a partir de la cual el niño puede hacer salidas al mundo exterior y a la cual puede regresar sabiendo con certeza que será bien recibido, cuidado y reconfortado si tiene miedo. Bowlby resalta la importancia de que tanto el padre como la madre deben estar preparados para responder activamente sólo cuando es evidente que el niño requiere ayuda; esa es la manera en que se transmite al niño la seguridad necesaria para salir a recorrer caminos cada vez más lejanos y por lapsos cada vez más prolongados.

Los padres que aceptan los progresos del niño, que se sirven de ejemplos y explicaciones en la aplicación de la disciplina, promueven un buen ejercicio de la independencia y la socialización extra-familiar.

Cuando las expectativas de los padres y cuidadores están ajustadas al nivel de desarrollo del niño, permiten un ejercicio adecuado del sentimiento de competencia para cuidar de sí mismo y sus cosas.

El jardín maternal

El jardín maternal funciona para muchos niños como el primer ámbito de socialización extra-familiar. Allí se brinda al niño la posibilidad de enriquecer los contactos sociales con pares y otros adultos (maestros). Junto al aumento en la sociabilidad, se produce un aumento en la tendencia del niño a ejercer su independencia, a afirmarse como individuo y a defender sus intereses.

Se han realizado estudios que revelan que los niños que asisten a jardines maternos, tienen un progreso mayor en el uso de los materiales de juego, así como también en el manejo de sus hábitos cotidianos como la alimentación, la eliminación, el vestido y el aseo.

Se ha demostrado además, que estos niños reaccionan con mayor espontaneidad en la participación social, a la vez que reducen los episodios de temor ante quienes no pertenecen a su núcleo familiar más próximo.

DESARROLLO COGNITIVO

Los niños llegan a conocer y comprender el mundo circundante a través de los procesos de *cognición*. Éstos abarcan la percepción de los eventos de su ambiente, la interpretación y organización de esta información y su retención en la memoria. En su forma más compleja, la cognición comprende los procesos mediante los cuales imaginamos, pensamos, razonamos, y por consiguiente podemos encontrar soluciones a los problemas que se nos presentan. Cuando pensamos, manejamos o usamos imágenes, símbolos y conceptos que hemos almacenado en la mente. Durante el primer año de vida, el pensamiento está limitado en parte por la falta de un sistema simbólico como el lenguaje.

Según Jean Piaget, en el curso del segundo año de vida se completa el período sensoriomotor del desarrollo de la inteligencia, durante el cual el niño va coordinando su experiencia sensorial con su actividad motriz. Durante este segundo año se dan el 5º y 6º estadios.

En el segundo año de vida, de los 12 a los 18 meses, se da el quinto estadio del período sensoriomotor, con la **reacción circular terciaria**. En esta etapa los niños empiezan a hacer “experimentos” en miniatura para ver cómo se producen los resultados, repitiendo estas acciones y también variándolas para lograr variaciones en el resultado. En este estadio los niños son plenamente *intencionales*, pero todavía no pueden pensar en acciones y resultados posibles. Necesitan hacer sus pruebas y ensayos materialmente. Sin embargo es un progreso en relación a la intencionalidad del 4º estadio (8 a 12 meses), en el que sólo podían aplicar los medios conocidos para resolver las situaciones nuevas. En cambio los niños del 5º estadio pueden *descubrir* nuevos medios por experimentación activa.

En el 6º estadio – típicamente de los 18 a los 24 meses – se da la **invención de nuevos medios por combinación mental**. A medida que se acerca al final de la infancia, el niño alcanza el estadio final del período sensorio – motor: se inicia la *representación*. Ahora puede combinar mentalmente imágenes y anticipar las consecuencias o soluciones *antes* de ponerlas en práctica.

Permanencia del objeto

El conocimiento de que un objeto continua existiendo aunque esté fuera de la percepción del niño es llamado por Piaget la permanencia del objeto, o noción del *objeto permanente*. Esto se logra finalmente en el 6º estadio, y es solidaria de la construcción de la noción de **grupo práctico de desplazamientos** en el nivel de la construcción de la noción de espacio.

¿Por qué es importante la noción de objeto permanente? Esto le permite a los niños tener expectativas y “planes” razonables en relación a su mundo cotidiano. Si los objetos y las personas siguen existiendo aunque no se los perciba, entonces los niños pueden sentir su pérdida cuando están ausentes y sienten que pueden hacer algo para encontrar esos objetos o traerlos de vuelta.

El ritmo de progreso puede variar de un niño a otro, pero en el desarrollo normal se suceden los seis estadios en la secuencia en que los describió J. Piaget en base a sus investigaciones.

Comienzo de la función semiótica.

A fines de esta etapa de deambulación, los niños empiezan a desarrollar la capacidad para hacer que *una cosa represente otra que no está presente*, o sea, la capacidad de *representar*. Han adquirido la **función semiótica**, que es la capacidad de manejarse con *símbolos* (y posteriormente con *signos*). Esto se evidencia principalmente con la

aparición de la *imitación diferida*, del uso del *lenguaje*, el comienzo del *dibujo* y el *juego simbólico*.

DESARROLLO EMOCIONAL

El Negativismo Infantil

Los caprichos y berrinches tan frecuentes en el segundo y tercer año de vida, son manifestaciones de lo que se ha dado en llamar “negativismo infantil”. Esta conducta oposicionista puede ser considerada como una característica normal en el desarrollo psicológico de los niños.

El negativismo es la expresión de algo que se está tramitando psíquicamente: la separación respecto de su madre, y con eso la distinción entre él y los otros. Como se ha dicho, al estar aún en los comienzos del camino a la autonomía, los niños de esta edad suelen fluctuar entre la dependencia y la independencia.

Por lo menos al comienzo la actitud oposicionista refleja el marcado interés del niño de 18 meses por lograr liberarse de la ayuda del adulto, hacer las cosas por sí mismo y a su gusto. Hacer valer su propia voluntad, implicará para el deambulador una cierta oposición a los demás.

Las rutinas diarias que hasta entonces aceptaba sin miramientos, se vuelven un campo de batalla para sus actos de autoafirmación. Se resiste a comer o lo hace bajo sus condiciones, simula no oír o no comprender lo que se le solicita, se niega a orinar, a dormir, etc.

Su escaso sentido de la propiedad, hará que surjan escenas de berrinches al reclamar lo “mío”, referido tanto a los objetos propios como a los ajenos.

En los comienzos de la etapa del deambulador, los niños despliegan su conducta negativista por medio del llanto, gritos, golpes y otros ataques físicos. Hacia el final de esta etapa, con la mayor habilidad lingüística, se hacen más sutiles los métodos de resistencia.

Los rituales para dormir

A partir del año de vida, los niños suelen resistirse a perder el contacto con el mundo que los rodea. La hora de dormir es un momento de máxima soledad, donde es necesario abandonar los objetos del mundo despierto, especialmente a la madre. Esto puede despertar gran ansiedad en el niño.

A menudo a la hora de dormir se registra una variedad de actividades centradas en el propio cuerpo, a las que se denomina “rituales de tranquilización”. Entre estas

actividades se encuentra la succión del pulgar, cuya función sería la de interrumpir el contacto con el mundo exterior de manera de poder esperar serenamente que aparezca el sueño.

Puede haber también determinado objeto que el niño prefiera llevarse a la cama cuando va a dormir. “Objetos suaves, blandos, que en tanto objetos de transición, faciliten el pasaje desde la participación activa del niño hasta el retraimiento narcisista necesario para conciliar el sueño” (Freud, A. 1973, pag. 67).

Hacia el segundo año de vida, los objetos y fenómenos transicionales dan paso a ciertas rutinas ritualísticas de aparición a la hora de ir a la cama. La luz prendida, la lectura de un cuento (siempre con las mismas palabras), el vaso de agua sobre la mesita de luz, son las formas de resistirse a abandonar el interesante mundo exterior.

Al no tener un manejo flexible del espacio y tiempo, se producen este tipo de conductas donde el niño aparece aferrado a sus rutinas y reacio a todo posible cambio.

Los rituales para dormir pueden ser considerados como unas tácticas utilizadas por el niño para demorar el momento de la despedida y de quedarse a solas, sin las figuras de apego.

Creciente autonomía psíquica

El periodo que va de los quince meses a los tres años marca la transición del *bebé dependiente* de la madre, al *niño independiente*.

Para esa época las experiencias ligadas a la oralidad van perdiendo peso y comienzan a cobrar importancia las experiencias ligadas con el desplazamiento independiente y la conquista del mundo exterior a la falda de la madre. La autolocomoción facilita el proceso de familiarización con el mundo en tanto brinda la posibilidad de acercarse por sí mismo a personas, objetos y lugares, que antes sólo veía a través de los barrotes de la cuna, o los brazos del adulto.

Paralelamente al progreso en el desplazamiento autónomo, progresan las habilidades lingüísticas y sociales. Las relaciones interpersonales se amplían en extensión y en complejidad.

La creciente autonomía psíquica sobre la que avanza el deambulador, se refiere a la toma de conciencia de sí mismo como una persona separada, conviviendo en un mundo de personas.

Las distintas habilidades del desarrollo infantil pueden verse facilitadas o dificultadas por las actitudes conscientes e inconscientes de la madre. Por ejemplo, el niño que se para por sus propios medios y camina, comienza una trayectoria de desplazamiento mas allá de su madre. Por tanto se requiere de una madre ajustada a esta etapa del d

desarrollo que implica el desprendimiento de su hijo de lo que hasta entonces se mantenía en términos de indiferenciación y dependencia.

Al respecto Margaret Mahler (1977, 1990) plantea que el nacimiento psicológico del infante humano es un lento proceso intrapsíquico de *Separación-Individuación* que se extiende entre los 5 y 36 meses y que permite al niño funcionar separadamente en presencia de una madre emocionalmente accesible. En ese proceso o Fase de Separación-Individuación se distinguen cuatro subfases:

- 1) Subfase de *diferenciación y desarrollo de la imagen corporal* (5 a 9-10 meses). Se produce el fenómeno de “ruptura del cascarón”; el bebé emerge de la membrana simbiótica que lo unía a la madre como en un segundo nacimiento .
- 2) Subfase de *ejercitación locomotriz* (10 a 15 meses) Con el investimento libidinal de las capacidades de locomoción, el niño vive una etapa de “idilio con el mundo”. Está tan absorto en practicar la marcha que no se preocupa por si al caminar se aleja de la madre. Parece dar por descontada la presencia emocional de la madre, y sólo cada tanto retorna a ella como para reabastecerse libidinalmente, para luego continuar sus exploraciones autónomas. A esta edad es frecuente observar niños que gatean o caminan en dirección a la madre, la tocan un instante y se vuelven a alejar por otro lapso de tiempo. Tres desarrollos interrelacionados contribuyen hacia la conciencia de separación e individuación: la diferenciación corporal de la madre, el establecimiento de un vínculo específico con ella, y el desarrollo y funcionamiento de los aparatos autónomos del yo en estrecha relación con la madre.
- 3) Subfase de *reacercamiento* (15 a 22 meses) Se produce el reconocimiento de la madre como persona separada. Aumenta la ansiedad de separación y el niño comienza a buscar activamente a la madre, se acerca a ella con mucha frecuencia, o necesita escuchar que está cerca. Es común en este momento la conducta del niño de llevar continuamente objetos a la madre. Las crisis por temor a la pérdida del objeto de amor disminuyen con el progreso del lenguaje, y el juego simbólico.
- 4) Subfase de *consolidación de la individualidad y constancia del objeto* (22-24 a 36 meses) Las representaciones de la madre se hacen accesibles intrapsíquicamente. Las huellas mnémicas del objeto de amor hacen posible que el niño pueda estar separado de su madre por un tiempo.

Bibliografía:

- Aberastury, A. 1972 El niño y sus juegos. Buenos Aires, Paidós.
- Ausubel y Sullivan. 1983. El desarrollo infantil. Vol. 3. Buenos Aires, Paidós

- Bowlby, J. 1995 Una base segura. Aplicaciones clínicas de una teoría del apego. Barcelona, Paidós Psicología Profunda
- Freud, A. 1973. Normalidad y patología en la niñez. Buenos Aires, Paidós.
- Freud, S. Tres ensayos sobre una teoría sexual (1905)
 - Carácter y erotismo anal (1908).
 - Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal (1915)
 - Más allá del principio de placer (1920)
- García, Bottindari, Landeira. Mesa redonda: "Los Juegos Infantiles". Ficha Dpto de Publicaciones Facultad de Psicología, UBA
- Gesell, A.; Amatruda, C. 1985. Diagnóstico del desarrollo normal y anormal del niño. México, Paidós.
- Gesell, A. 1994. El niño de 1 a 4 años. Barcelona, Paidós.
- Gratiot-Alphandéry H. y Zazzo R. 1974. Tratado de psicología del niño. Madrid, Ediciones Morata.
- Landeira, S., Giraldo, J. 2000 El desarrollo de la inteligencia y los dibujos infantiles. Una revisión genética de la evolución del dibujo. Ficha Dpto de Publicaciones, Facultad de Psicología, UBA
- Lowenfeld, V. 1973. Desarrollo de la capacidad creadora. Buenos Aires, Kapelusz.
- Mahler, M. 1977. El nacimiento psicológico del infante humano. Buenos Aires, Marymar.
- Mahler, M. 1990 Estudios 2. Separación – Individuación. Buenos Aires, Paidós, Psicología Profunda.
- Mueller, E., Silverman, N. 1989. "*Desarrollo de las relaciones normales entre pares*". En: Cicchetti y Carlston eds.. Child maltreatment: Theory and research on the causes and consequences of child abuse and neglect. New York, Cambridge University Press.
- Palacios, J. Marchesi, A. Carretero, M. Comp. 1984. Psicología Evolutiva. T II. Desarrollo cognitivo y social del niño. Madrid, Editorial Alianza Universidad.
- Piaget, J. Inhelder, B. 1981. Psicología del niño. Madrid, Ediciones Morata.
- Piaget, J. 1961. La formación del símbolo en el niño. México, FCE.
- Stone, J. Church, J. 1982. Niñez y adolescencia. Buenos Aires, Ediciones Hormé.
- Winnicott, D. 1965. Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional. Buenos Aires, Paidós,

.Glosario

AUTOCONCEPTO (CONCEPTO DE SÍ): la idea organizada interna o personal que tenemos sobre nuestras propias características. Incluye la imagen de sí mismo y la autoestima.

DIRECCIÓN PRÓXIMO DISTAL: el patrón de maduración que empieza en el eje vertical del cuerpo (la médula espinal) y progresa en dirección a las extremidades.

DIRECCIÓN CÉFALO CAUDAL: el patrón de maduración que empieza en el cerebro y progresa verticalmente hacia el extremo inferior de la médula.

FLEXION: Variación de la terminación de algunas palabras por género, número o conjugación verbal.

FONEMAS: los sonidos significativos de un lenguaje determinado.

IMAGEN DE SÍ MISMO: la representación mental que un sujeto tiene de sí mismo y de la persona que le gustaría ser. Incluye la percepción de sí mismo y la imagen ideal de sí mismo.

LATERALIDAD: la preferencia por el uso de una mano, un pie y uno de los ojos en distintas actividades.

LATERALIDAD CONGRUENTE: preferencia sistemática por el uso de la mano, el pie y el ojo derecho o el izquierdo. En el primer caso se es diestro; en el segundo, zurdo.

LATERALIDAD CRUZADA: cuando no es congruente. Puede ser de varios tipos.

MOTRICIDAD GRUESA: el uso coordinado de los grupos de grandes músculos, como por ejemplo al caminar, correr, saltar o trepar.

MOTRICIDAD FINA: el uso coordinado de grupos de pequeños músculos, como los de los dedos y los de la cara.

MORFEMAS: las unidades mínimas de significado en un lenguaje determinado. Una palabra puede tener varios morfemas: la raíz de la palabra, sus prefijos, terminaciones verbales, los sufijos. Ejs. : (1) “pan” es una palabra y un morfema (2) “jugando” está constituido por dos morfemas: la raíz del verbo y la terminación verbal correspondiente al gerundio.

JUEGO SOLITARIO: jugar solo e independientemente de los demás.

JUEGO PARALELO: jugar al lado de otro niño, y a veces desarrollar la misma actividad – por ejemplo apilar cubos – pero sin interactuar.

PROCESO DE SEPARACION-INDIVIDUACION: Proceso intrapsíquico que implica:

INDIVIDUACIÓN: la evolución de la autonomía intrapsíquica, la percepción, la memoria, la cognición y la prueba de realidad.

SEPARACIÓN: sigue la trayectoria de la diferenciación, el distanciamiento, la formación de límites y la desvinculación de la madre.

SOCIALIZACIÓN: el proceso de incorporar los valores culturales y los roles y habilidades sociales.